

Mi Londres
SIMONETTA
AGNELLO HORNBY

Traducción de Teresa Clavel

gatopardo ediciones 

Título original: *La mia Londra*

Copyright © 2014 by Giunti Editore S.p.A., Firenze-Milano

www.giunti.it

© de la traducción: Teresa Clavel, 2015

© de la traducción de las citas de Samuel Johnson:

Lucas Villavecchia, 2015

© de esta edición, 2015:

Gatopardo ediciones

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: noviembre de 2015

Diseño de la colección y de la cubierta:

Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:

La casa del doctor Samuel Johnson, Londres

© Lesley Bruce

Imagen de interior:

The George Inn, Londres

Fotografía de Ewan Munro, bajo licencia CC BY-SA 2.0

ISBN: 978-84-944263-4-6

Depósito legal: B 22328-2015

Impresión: Reinbook Imprès, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



El pub George Inn, en Borough High Street,
uno de los más antiguos de Londres.

UN HOMENAJE A SAMUEL JOHNSON

*The world is not yet exhausted: let me see
something tomorrow which I never saw before.**

SAMUEL JOHNSON

No sería capaz de expresar mi amor por Londres mejor que Samuel Johnson, el intelectual inglés más famoso del siglo XVIII, quien llegó allí procedente de Lichfield, una pequeña ciudad de las Midlands, a la misma edad en la que yo fui a vivir —veintisiete años—, y se quedó hasta su muerte. El 20 de septiembre de 1777, Johnson, ya en el umbral de los setenta, a la pregunta de si alguna vez había deseado marcharse de Londres, le respondió a su biógrafo James Boswell, un joven abogado de Edimburgo: «*No, Sir, when a man is tired of London, he is tired of life; for there is in London all that life can afford. Sir, you find no man, at all intellectual, who is willing to leave London*» («No, señor, cuando un hombre está cansado de Londres es que está cansado de vivir, porque Londres ofrece todo lo que la vida puede dar. Señor, no encontraréis a un solo hombre, y desde luego a ninguno inteligente, que desee marcharse de Londres»).

* El mundo no se ha extinguido todavía: muéstrame mañana algo que nunca haya visto.

Para Johnson, Londres era el lugar donde se aprende continuamente y se vive bien; para Boswell, el lugar al que uno va para ver y ser visto. Si fuesen nuestros contemporáneos, Johnson andaría apresurado por la capital dejando vagar la mirada desde la cima del Shard, el rascacielos del arquitecto Renzo Piano, hasta la porquería que hay en las aceras, intentando retener cuanto hubiera escapado a su mirada la última vez que había recorrido aquella calle, mientras Boswell, que vivía en Escocia y sólo pasaba en Londres un mes al año para escribir la biografía de Johnson, estaría ocupadísimo haciendo fotos, sobre todo *selfies*, para enseñárselas a sus amigos.

En realidad, para disfrutar de Londres no hace falta estar dotado de una inteligencia especial, basta con tener una mente abierta y curiosa. La idea de Johnson es que cualquier cosa puede suscitar interés y estimular el intelecto, y, por lo tanto, impedir que se adormezcan, o se extingan, las reservas de curiosidad de un individuo. Observar Londres y a sus habitantes invita a descubrir pequeñas joyas secretas que sólo se muestran a quienes saben buscarlas y que me han permitido disfrutar inmensamente con mi ciudad de adopción y aumentar el disfrute de la vida en general.

PRIMERA PARTE
Una alienígena en Londres

UNA TRISTE PARTIDA

*While grief is fresh, every attempt to divert only irritates.
You must wait till grief be digested, and then amusement
will dissipate the remains of it.**

SAMUEL JOHNSON

Eran las cuatro de una mañana de septiembre de 1963. El aeropuerto de Punta Raisi, inaugurado unos meses antes, parecía enorme en comparación con el antiguo aeropuerto militar de Boccadifalco, prácticamente en el interior de la ciudad. La tarjeta de embarque, impresa en inglés, rectangular, brillante, con una línea punteada por la que iba a ser cortada justo antes de subir al avión, había pasado de mano en mano y todos la habían inspeccionado como si fuese un documento extraterrestre. En silencio. Yo miraba aquellos rostros queridos, uno a uno, como si deseara fotografiarlos y llevármelos conmigo para que me acompañaran durante los ciento veinte días que iba a estar lejos de ellos, de sus voces, de sus besos. Uno junto a otro, y callados: mamá, papá, mi hermana Chiara, la tía Mariola —el sostén moral de la familia en ocasiones como fallecimientos, enfermedades y

* Cuando la pena es reciente, cualquier intento de distraerse resulta irritante. Es preciso esperar a que la pena se haya digerido para que la diversión disipe lo que queda de ella.

partidas— y mis dos amigas del alma, Giovanna y Cristina. Ojos hinchados y lánguidas miradas acompañadas de suspiros. Cuando llamaron a los pasajeros para el embarque, papá me dijo, quitándose el reloj: «Espera». Era un Rolex heredado de mi abuelo, quien lo compró en los años treinta. En aquella época era modernísimo, de acero y oro, muy elegante. Y portentoso: se daba cuerda a sí mismo, automáticamente, tan sólo con el movimiento de la muñeca. Pero no en la de mi abuelo, en la que, al segundo día, había dejado de funcionar. Él se lo llevaba al señor Matranga, el relojero. Éste se lo ponía veinticuatro horas y funcionaba perfectamente; luego se lo devolvía y el reloj se paraba de nuevo. Después de varias comprobaciones, se llegó a la conclusión de que mi abuelo no movía suficientemente las muñecas. Así que el Rolex pasó a manos de mi padre y mi abuelo se compró un reloj tradicional.

Papá me lo puso. «Es tuyo. Vayas a donde vayas, recuerda quién eres.» Como si fuese una alianza.

Las hélices comenzaron a girar. Era mi segundo vuelo. Aunque el cinturón de seguridad me impedía moverme con soltura, me di la vuelta para mirar al exterior; la ventanilla parecía el ojo de buey de un transatlántico. A la tenue luz del amanecer, veía agitar en la terraza del aeropuerto pañuelos de colores, sombreros, brazos: los saludos a los viajeros. Un solo punto oscuro. Inmóvil. Como en una foto antigua: papá, altísimo; a su lado, la tía Mariola, alta también; delante, apoyadas en la barandilla, mamá y Chiara, pequeñitas, entre Giovanna y Cristina. Petrificados, la viva imagen de la desolación.

Tres semanas antes, durante un almuerzo, mamá le había dirigido una mirada de complicidad a papá. Él dejó el tenedor con espaguetis enrollados en el plato y me miró a través de unos ojos entornados tras los que se ocultaban sus pupilas. «Tu regalo de fin de bachillerato es una estancia de estudios en el extranjero», dijo entre dientes. Se llevó

el tenedor a la boca, se limpió con la servilleta una imperceptible mancha de tomate y durante el resto del almuerzo no dijo ni palabra. Se limitó a escuchar el chismorreo de nosotras tres, mamá, Chiara y yo, que hablábamos acerca de adónde iría. Las vacaciones las pasábamos siempre en el campo, en Mosè, de donde en raras ocasiones me ausentaba y siempre durante cortos períodos de tiempo: en nuestra familia, un viaje constituía una novedad cara.

No me hizo gracia la propuesta de mamá de que fuese a aprender inglés a Cambridge durante cinco meses, desde septiembre hasta febrero del año siguiente, 1964, que es cuando debía regresar a Palermo para estudiar en la facultad de Derecho. Yo prefería ir a París, e intenté convencer a mis padres de que me mandaran allí, con el pretexto de que, en el fondo, mi francés no era tan bueno como parecía y de que los ingleses no me gustaban. Ni siquiera me gustaba el inglés, era una lengua desprovista de musicalidad; de hecho, después de unas cuantas clases particulares con miss Smith, la profesora de mis primos, me había negado a seguir estudiándolo. Mamá no quiso saber nada del asunto: esperaba que sus hijas, a los dieciocho años, hablaran bien tres lenguas, tal como había sido en su caso. Una tarde hice un último intento: «No creo que sea capaz de aprender inglés, en serio... Chiara y tú tenéis oído musical, pero yo no, lo sabes perfectamente». Mamá no me dio opción. «Lo conseguirás, cariño», dijo acariciándome ligeramente la barbilla.

El reloj estaba frío y me pesaba en la muñeca. Un presentimiento: no volvería a vivir en Palermo, mi queridísima ciudad. Me tragué las lágrimas, avergonzada: debería estar contenta, cuatro horas más tarde me encontraría en el centro de Londres, la ciudad más grande de Europa. E inmediatamente después me esperaba un reto: aprender una lengua nueva en una famosa ciudad universitaria. Había leído *Histoire d'Angleterre* de André Maurois, y releído *Orgullo y prejuicio*, y miss Smith me había dado dos clases

y algunas explicaciones sobre cómo debía comportarme en Inglaterra. Lo conseguiría.

El vuelo de la Bea —British European Airways— procedía de Malta y hacía escala en Palermo para repostar y embarcar a otros pasajeros. La azafata me abordó con la bandeja de la comida, servida no sin cierta parafernalia y muy apetitosa: carne, dos guarniciones, pan, mantequilla, postre y agua mineral. Quizá, pensé, la comida inglesa había mejorado, y me pregunté qué otros reparos míos serían injustificados.

Mi vecina de asiento, una señora maltesa que hasta aquel momento no me había hecho ningún caso, se pasó la comida hablando sin parar en italiano. Sin darme opción a intervenir, explicaba con vehemencia qué había que comprar en los comercios de Londres. Yo no tenía dinero para gastar, no me gustaba ir de compras e iba a quedarme en Londres sólo unas horas, pero escuchaba pacientemente a la espera de que hiciese una pausa para poder preguntarle lo que en aquel momento me angustiaba: ¿qué sucedería al llegar? ¿Debería retirar el equipaje antes de pasar por el control de pasaportes? ¿Me abrirían en la aduana todas las maletas? ¿Dónde estaría el autobús para ir hasta la estación? ¿Cuánto me costaría el billete de tren para Cambridge? ¿Tendría tiempo de visitar la National Gallery? Mientras charlaba, la buena señora había rebañado la bandeja y, acto seguido, tras haberse guardado en el bolso los sobrecitos de azúcar que no había utilizado, se levantó para ir al lavabo. Volvió maquillada y perfumada, se abrochó el cinturón, cerró los ojos, como vencidos por el peso del rímel, y se sumió en un letargo del que sólo emergió cuando el avión había iniciado ya el descenso sobre Londres.

Caminaba por los pasillos del aeropuerto de Heathrow junto con mis compañeros de vuelo, como una ovejita. Otros pasajeros, desde escaleras, pasillos y puertas, iban incorporándose a nosotros en tropel, y juntos subíamos y bajábamos rampas, girábamos unas veces a la derecha y otras

a la izquierda, formando una columna cada vez más ancha y larga. Como un río revuelto tras las primeras lluvias, ocupábamos los pasillos acelerando cada vez más el paso, hasta que llegamos a la sala de control de pasaportes. Había dos ventanillas: una para los británicos y otra para los *aliens* como yo. Una *alienígena*. Alguien diferente. Nos sepáramos para formar dos colas. Me invadió una angustia tal que era casi miedo, miedo de que me echaran fuera, de que me mandaran de vuelta al mundo de los alienígenas del cual procedía. A medida que nos acercábamos a la ventanilla, hablábamos menos. Los del principio de la cola agarraban el pasaporte con las manos como si fuese un rosario.

Le tendí mi documento al hombre de uniforme que se hallaba detrás del mostrador y esbocé una tímida sonrisa. Él no me la devolvió. Pasó las páginas del pasaporte varias veces, profiriendo un trivial pero cortés *excuse me*. Luego me preguntó algo que no entendí. Murmuré un *please*, acompañándolo de otra sonrisa, y enarqué las cejas en señal de interrogación. Hice una exhibición de mi repertorio completo: *sorry*, *pardon* y un montón de *please*. El hombre quería otra cosa además del pasaporte, y al final comprendí que se refería al billete de vuelta. Pero no lo tenía. Como iba a volver en febrero, estaba previsto comprarlo más adelante. El hombre de uniforme insistía. Me indicó por señas que rebuscara entre mis papeles. ¿Qué? Le enseñé el diploma de bachillerato, pero no le interesaba; en cambio, sí mostró interés por la carta de la Davies' School of English de Cambridge, aunque no bastó. Pensé que quería saber si disponía de medios para mantenerme y, con cierta torpeza, tiré de la blusa que llevaba metida por dentro de la falda y saqué un fajo de libras esterlinas del bolsillo que me había cosido mamá y reforzado en la cintura con una gruesa goma elástica. Aquel gesto no le hizo ni pizca de gracia. Se levantó con brusquedad e hizo además de que esperara. Por un instante fui presa del pánico. ¿Qué iba a ser de mí? Después me tranquilicé. El Rolex me traería suerte; papá me lo había dado para eso. Los dos juntos lo conseguiríamos.

El hombre regresó con un compañero que hablaba un poco de italiano. Le mostré la carta del colegio con la dirección de mistress Farmer, mi futura casera. Cuchichearon, mirándome de vez en cuando y, por fin, me notificaron que tenía permiso para permanecer en Inglaterra sólo tres semanas. «¿Y luego?», pregunté, consternada, en italiano. Me entendieron. Debería solicitar a la policía un permiso de residencia para tres meses. Ni un día más. Estamparon un sello del tamaño de una página y me despidieron con un «*Welcome to Britain*» al que respondí con un inexpresivo «*Thank you*», el primero de muchos.

Mientras el autobús avanzaba por el carril central de la autopista que me conducía a Londres, yo miraba el exterior: a ambos lados, una interminable planicie verde, lisa y monótona. El cielo, en cambio, era precioso: inmenso, luminoso y poblado de nubes gigantes que parecían veleros con el viento en la popa. No había visto nunca una autopista de tres carriles: eran anchos y estaban delimitados por rayas blancas. El autobús adelantaba a los coches por la izquierda y, a su vez, era adelantado por los de la derecha, en silencio: ni un claxon, ni un chirrido de frenos. El chorro de aire de la calefacción me calentaba las piernas, el olor acre del polvo parecía un perfume. Los pasajeros dormitaban o, como mucho, hablaban en susurros con el que tenían al lado. El asiento era cómodo como una butaca, acogedor, irresistible casi. **CENTRAL LONDON**, indicaban las señales de tráfico, y me incorporé, curiosa, olvidándome del cansancio. El tráfico se había intensificado, aunque seguía siendo fluido, como si los vehículos, silenciosos, se deslizaran por raíles invisibles y se adelantaran sin obstruir los carriles.

El autobús, sin cambiar de dirección, empezó a subir. A lo lejos se entreveían campanarios y edificios modernos. Subía, seguía subiendo mientras avanzaba entre casas adosadas o aisladas y las copas verdes de los árboles. Como si fuese un pájaro, observaba desde arriba los tejados de pizarra, puntiagudos y atestados de chimeneas. Una vista

excepcional: la autopista se había convertido en una alfombra voladora; el autobús aceleraba su avance por el aire. De pronto comenzó el descenso entre un dédalo de casas, iglesias y edificios con espacios verdes hasta el horizonte, en todas direcciones. En cuanto tocamos tierra, las bandas blancas perdieron su poder. Automovilistas incívicos las cruzaban para tratar de sortear los atascos: era la hora punta. Autobuses rojos de dos pisos se desplazaban con los pasajeros agarrados en la parte de atrás, en las plataformas abiertas. En las aceras, los transeúntes andaban apresurados, serios, cruzaban al dictado de los semáforos, como un pelotón en marcha, y bajaban con gran rapidez las escaleras del metro. Una rubia platino con abrigo de pieles paseaba con un cocker, los dos de color miel; cruzó por delante de ella una furgoneta con un rótulo en el lateral y la mujer desapareció de mi vista para reaparecer al cabo de un momento, empujando la puerta de cristal de una tienda. Me volví para echar un último vistazo, pero el autobús se desplazó y lo único que pude ver fue el forro blanco del respaldo detrás de mí.

Buscaba un punto de referencia, una señal que me indicara algo, un cartel publicitario que me resultara familiar. Nada. Todo era distinto. Y aun así, tenía la sensación de estar en una ciudad desconocida pero no extranjera. Las nubes se habían vuelto compactas; de pronto cayó un chaparrón. Las gotas se deslizaban por la ventanilla formando minúsculos riachuelos que se perseguían hasta el borde del cristal. Las observaba, fascinada; la última estaba todavía a medio camino cuando todo cambió: ya no llovía. Colándose por un claro entre las nubes, los rayos del sol llegaban hasta la fachada de un gran edificio e iluminaban su nombre: **MUSEO DE HISTORIA NATURAL**, el famoso museo de los dinosaurios. Tenía múltiples ventanas: unas, rectangulares; las de los pisos altos, de arco, parecían cejas enarcadas como una muestra de complacencia por las colecciones que albergaba en el interior. Lo miré de frente, resultaba

reconfortante. Me prometí volver desde Cambridge lo antes posible para visitarlo, con independencia de lo que la guía sugiriera visitar nada más llegar a la ciudad: era mi primera elección, totalmente mía.

Me alegraba de estar en Londres.